

dicado ya con el diverso género de oposicion que han hecho á la verdad revelada. Unos han creído que una revelacion positiva envuelve contradicciones notables, ya respecto de Dios, ya respecto del hombre, y han inferido de aquí que la revelacion es imposible. Mas una objecion tan débil no debia hacer descansar á los enemigos del cristianismo, pues por mui ciegos que estuviesen, y mui confiados en la sutileza de su ingenio, nunca se les podia ocultar que la pretendida imposibilidad era, en buena metafísica, una ridícula patraña. Así fué que, deteniéndose poco en este peligroso rumbo, marcharon á otro que les presentaba sin duda ménos obstáculos. Abrieron la historia, recorrieron las páginas de la filosofía, examinaron los elementos de progreso que tiene la razon; presto la consideraron como el resorte exclusivo de la Divinidad para insinuarse con el hombre; y desde que tuvieron el descaro suficiente para destruir, ó cuando ménos retirar indefinidamente, los límites puestos á la humana capacidad, manifestaron con audacia, que la revelacion, cuando no fuese imposible, sería por lo ménos superflua, é incompatible por tanto con la sabiduría que preside á todas las obras de Dios. De aquí pasaron á otro punto: combatieron la existencia misma de la revelacion, como para manifestar que, aun cuando ella fuese posible y necesaria, no por esto habia motivo para declararla existente, por ser de todo punto improbables, ó por no estar probados de facto los hechos que la confirman.

La posibilidad, la necesidad y la existencia de la revelacion, he aquí una serie de cuestiones á que provocan los incrédulos. Reservando pues para el siguiente libro el tratar detenidamente de la tercera, hablaremos aquí de la primera y segunda, en el orden con que quedan indicadas.

CAPITULO I.

NOCIONES PRELIMINARES.

Entendemos por revelacion la manifestacion externa que Dios hace de alguna ó muchas verdades. Los deistas, que no reconocen otra moral que la que les inspira su razon, previo el exámen recto de la naturaleza de las cosas, desechan todo lo que Dios ha manifestado exteriormente, suponiendo que una manifestacion de esta clase no puede concebirse ni existir. Pero qué repugnancia se encuentra en la

manifestacion explicita de una verdad divina! ¿Acaso el que no existan verdades superiores á la capacidad humana! “Todo el universo, dice el Señor Arzobispo de Leon en su célebre Pastoral, está lleno de verdades indubitables, y al mismo tiempo incomprendibles. La luz, tan admirable en sus movimientos; el aire, este fluido tan activo y tan terrible en la mayor parte de sus fenómenos; el fuego, tan espantoso en sus efectos, y tan oculto en su esencia; los principios de los elementos, la variedad de sus combinaciones; el vínculo que en nosotros une dos sustancias tan diferentes; y tantas otras maravillas de la naturaleza, deben reprimir la presuntuosa confianza del espíritu humano, y convencerle siempre de su debilidad. Mas si en el órden de la naturaleza nos detienen á cada paso barreras que todos nuestros esfuerzos reunidos serian incapaces de salvar, ¿cómo sorprendernos de que en un órden mas elevado, cual es el de la revelacion, aparezcan verdades superiores á nuestra débil inteligencia!”

¿Qué locura, pretender circunscribir en la razon humana el círculo que abraza todas las verdades! La verdad es infinita como Dios; su círculo es inmenso, no tiene límites, porque es eterna. ¿Qué importa pues negar la existencia de verdades que traspasan los límites de nuestra capacidad! Arrastra á nuestra condicion débil y miserable la esencia divina, pues solo de este modo podria sostenerse que no hai otra cosa que saber, fuera de lo que el hombre comprende.

¿Se dirá que Dios no tiene medios distintos de la razon humana, para comunicar al hombre verdades superiores á ella misma! He aquí otro delirio de la misma clase que el primero, pues hablando de Dios, es tan absurdo é impío menoscabar su sabiduría, como destruir su omnipotencia. La idea que tenemos de este atributo nos manifiesta que Dios puede tanto en el órden de la creacion, como en la escala indefinida de la perfeccion de los seres. Ha podido crear al hombre, es decir, sacarle de la nada, ¡y no puede perfeccionarle! Ha podido perfeccionarle relativamente, introduciendo tal diversidad y tan maravillosa desigualdad en los entendimientos, sin salir del órden natural, ¡y no es capaz de aumentar esta perfeccion, haciendo reflejarse de lo exterior á lo interior del alma algunos nuevos destellos de su luz infinita! Bastan pues las nociones que tenemos sobre la Omnipotencia, para desechar la pretendida falta de medios de comunicacion externa entre Dios y los hombres. Ya se anuncie clara y distintamente como á Moises desde la zarza encendida, ya por el espectáculo sublime de los prodigios y

los milagros, ya por la palabra interior, inspirada como á sus profetas y á sus apóstoles, ya por otros medios infinitos en número, que nuestro entendimiento no puede describir, pero que nuestra razon se ve obligada á suponer, Dios puede manifestar lo que le agrade, en virtud del supremo dominio que tiene sobre todas las inteligencias que ha criado.

¿Qué nueva dificultad puede oponerse, para sostener la imposibilidad referida? Algunos han sostenido que no puede revelarse lo que no puede creerse, ni creerse tampoco lo que la razon es incapaz de comprender. Nosotros conveniremos sin dificultad en esto, cuando los deístas, hablando de buena fe, nos digan, por una parte, que no creen ó que comprenden la causa de la electricidad y del magnetismo, y por otra, que un ciego de nacimiento comprende ó no cree los colores, la figura, la existencia misma del sol; y finalmente, cuando el mismo filósofo de Ginebra, que de tantos modos y tan furiosamente ha combatido la revelacion, nos explique de otra suerte que por la ninguna imposibilidad que hai en creer lo que está sobre la razon, este bello y grande pensamiento que se escapó de su pluma sobre las páginas del Emilio: "Dios: cuanto mas me esfuerzo en contemplar su esencia infinita, tanto ménos la comprendo; cuanto ménos la comprendo tanto mas le adoro... el uso mas digno que puedo hacer de mi razon, es anonadarme en su presencia."

Resulta de lo expuesto, que puede haber muchas verdades á cuyo conocimiento la razon es incapaz de llegar por sí sola; que Dios tiene medios de comunicacion externa para manifestarlas, y que una vez manifestadas, la razon fácilmente las cree, aun cuando no llegue á comprenderlas; luego la revelacion es posible. ¿Pero es igualmente necesaria? He aquí lo que vamos á demostrar.

El mejor modo, por no decir el único, de hacer palpable la necesidad de la revelacion, en este siglo principalmente en que la razon humana se desvive por exaltar sus triunfos, y en que cansada ya de haber agotado sus fuerzas inútilmente para minar la certidumbre de nuestros dogmas, ha sustituido el desden orgulloso al conflicto de la controversia, condenando á la indiferencia cuanto no entra en el círculo de sus invenciones, es animar la escena de los pasados siglos, suprimir hipotéticamente los libros revelados, é investigar lo que sería del mundo moral y político, si para bien de los hombres no hubiese brillado en el tiempo esa luz clarísima y universal de la revelacion divina. Si contando con las ideas fecun-

1. Tom. 3.º pág. 8.º

das que ha derramado ésta, hemos visto tantas veces á la sociedad empapada en sangre, por las teorías artificiosas de esa filosofía insolente que ha querido sacar todo el régimen político exclusivamente de la razon humana; ¿qué hubiera sucedido, repetimos, si hubiese faltado absolutamente el auxilio sobrenatural del Derecho positivo divino? ¿Cuáles eran los elementos de reorganizacion filosófica y social con que podia contar el mundo, cuando la historia no tenia ya páginas para numerar los errores, ni la virtud bastante resistencia para sostener el espectáculo inmundado de tantas abominaciones en los pueblos mas cultos y mas sabios de la tierra! El cuadro visible de los hechos, la progresion constante de los errores y de los absurdos, la deformidad estupenda de las legislaciones antiguas, la prostitucion y monstruosidad inconcebible del culto, el reducido número de verdades que á costa de mucho estudio, de reflexiones profundísimas, de reiteradas experiencias y observaciones, alcanzaban apenas, y siempre mezcladas con infinidad de absurdos, los mas esclarecidos genios de la sábia antigüedad; la profunda barbarie de los pueblos, llevada hasta el extremo de familiarizarse el corazón con los mas horrorosos cuadros; las eternas disputas sobre el Derecho natural, que han producido la confusion de Babel en el teatro de los filósofos modernos; la marcha progresiva y constante de los incrédulos desde el deísmo hasta el ateísmo: todas estas cosas hablan mas alto que las pruebas metafísicas, para convencer á todo el mundo, de que sin una revelacion positiva, habrian perecido para siempre las reglas de la conducta, los principios de la sociedad, el conocimiento de Dios, la práctica de su culto, el orden de la tierra y las esperanzas del cielo.

La revelacion vino á enseñar á los hombres dos géneros de verdades; esto es, unas que podian comprenderse por la razon natural, y otras superiores á ella; y aunque bajo el primer aspecto parecia excusada á primera vista, realmente no es así. Era necesaria relativamente en este sentido, y absolutamente en el otro. ¿Mas en qué se funda esta necesidad? En una razon muy sencilla. Las cosas reveladas tienen tal relacion con nuestra felicidad, que pueden llamarse sus condiciones indispensables; y por lo mismo pertenecen general y particularmente á toda la especie humana. Su importancia misma está exigiendo el que se conozcan con exactitud y distincion las verdades que enseña, pues ya se sabe que la mezcla y confusion de las nociones esenciales oscurece prodigiosamente el entendimiento y extravía casi en lo absoluto la conducta moral. Si pues fuera de la revelacion no hai

medio alguno para que las verdades reveladas, y por otra parte accesibles á la razon, sean total, distinta y universalmente conocidas, claro es que la revelacion es de todo punto necesaria, aun cuando se hable de estas verdades y leyes que podemos llamar naturales. "Fué sin duda necesario que el hombre, dice Santo Tomás, se instruyese por la revelacion divina, aun de aquellas cosas que acerca de Dios pueden ser investigadas por la razon humana: porque no podria llegar al hombre la verdad que trata de Dios, investigada por la razon, sin ser el patrimonio de muy pocos, sin venir despues de largo tiempo y siempre mezclada con muchos errores."

He aquí tres circunstancias por las cuales el conocimiento de aquella verdad no podria ser ni completo, ni distinto, ni universal; no completo, porque jamas la razon puede tener seguridad de haber circunscrito los límites de cuanto ella puede descubrir en el órden natural; no distinto, porque algunas verdades que se reconocen siempre andan mezcladas y confundidas con errores y conjeturas; no universal, porque aun estas escasas é imperfectas nociones, son, como la experiencia constante lo tiene acreditado, los frutos del talento, el estudio, el saber, las penosas vigiliás, las prolijas meditaciones; y por consiguiente, se quedaria sin ellas la máxima parte de la especie humana.

Los mismos filósofos que mas empeño han tomado en combatir la necesidad de la revelacion, le han suministrado, sin sentirlo, una prueba concluyente con el perenne desacuerdo de sus doctrinas. El exámen de ellas nos ha hecho conocer que ni tienen cosa que sustituir á la religion revelada, ni pueden impedir que el entendimiento y la voluntad vayan á parar por último en el ateísmo.

Lo primero que puede preguntarse á los deístas, es en qué consiste su religion natural; lo segundo, cuál es la autoridad que la consagra; lo tercero, cuál es el punto céntrico de sus dogmas. Sin duda que al hacer estas tres preguntas vendrá sobre nosotros la estupenda palabrería de sus escritos; mas al querer fijar las ideas capitales, se irá evaporando todo, hasta el extremo de no quedar un solo pensamiento cuya solidez pueda fijar con provecho la inspeccion del análisis. El abuso de ciertas expresiones generales es de mayor trascendencia que lo que se supone, y ellas y las hipótesis son de ordinario la falsa moneda que circula entre los incrédulos. Hablar de razon natural, de lei natural, de religion natural, para confundir muy pronto estas tres palabras, para no concretar nunca su sentido, para aplicarlas ge-

neral é indistintamente á todas las épocas de la sociedad, es abrir conductos por todas partes á los errores; es mas: parece, en cierto modo, que la razon se avanza con esto á complicar á Dios consigo misma en el cuadro lastimoso de sus absurdos y contradicciones. Al contrario, fijar con esmero el sentido de cada palabra, y determinar de tal suerte las relaciones que hai entre el tiempo y las ideas, que no se cometa en este punto el menor anacronismo, es facilitar en extremo el conocimiento de la verdad y hacer palpable del todo la necesidad de la revelacion. Sepárense las tres épocas mas notables de la sociedad; esto es, la doméstica, la civil y la política; colóquense en sus respectivos grados la religion natural, la religion judía, la religion cristiana. Entiéndase lo que conviene por estas palabras *religion y lei natural*, y á la vista de la historia, no podrémos ménos de convenir en que la tradicion verbal y el órgano de la razon, primeros conductos de la voluntad divina, eran suficientes para la sociedad civil; que la revelacion explicita, hecha por el ministerio de Moises al pueblo escogido, era un verdadero socorro, esto es, una última necesidad para que no pereciesen del todo, como sucedió entre los gentiles, los verdaderos principios del Derecho y la economía venerable de la verdadera religion; y por último, que si habia de llegar un tiempo de plenitud, un tiempo en que la especie humana tuviera vínculos mas estrechos y mas universales, garantías mas sólidas, principios mas seguros y equitativos, culto y sacerdocio perfecto, y en que vinieran á cruzarse, digámoslo así, por un centro comun, todas las líneas que parten de este doble objeto de la primera lei, esto es, del amor de Dios y del prójimo, era necesario absolutamente refundir en cierto modo todos los elementos sociales, regenerar la razon, criar la virtud y consagrarlo todo con una autoridad que bastase á inclinar igualmente hácia ella al filósofo y al potentado, es decir, á la razon y al poder. ¡Y esta grande regeneracion podia ser obra de un hombre! ¿Dónde estaba pues el sabio que habia de encadenar la razon de todos los siglos con solo mandarla que creyese! ¿Y dónde el fuerte que, extendiendo su poder mas allá de la tumba, habia de someter á su arbitrio los designios y la conducta de pueblos y reyes en todas las épocas de la sociedad? Era pues indispensable reconocer la necesidad del Evangelio para dar el lleno á los destinos de la sociedad general, criando una comunión política por el incontestable poder de la doctrina católica.

Estas breves reflexiones bastan para conocer lo que es la razon humana abandonada á sí misma, la insuficiencia de la

lei natural para contener en sí un código perfecto, la dependencia suma en que ha estado siempre la sociedad y la ciencia, con respecto á la doctrina y á la lei revelada: las conexiones íntimas y esenciales que han ido teniendo á su turno, la sociedad patriarcal con la religion y lei natural, la sociedad civil ó judía con la lei mosaica ó escrita, y la sociedad moderna ó cristiana con el Evangelio ó la lei de gracia; y es mui digno de notarse á este propósito, que la observancia de la revelacion ha sido, aun en los tiempos modernos, una especie de termómetro intelectual, por donde pueden calcularse los progresos de los pueblos en la carrera de la perfeccion social en toda la extension de esta palabra. No insistiendo, por lo mismo, en el desarrollo de estas ideas, concluirémos este punto con algunas reflexiones sobre los deístas, extractadas, en parte, del *Tratado de religion por Bergier*.

En estas reflexiones verémos, en primer lugar, que cuando los deístas hablan de una religion natural, no se entienden entre sí; segundo, que esta pretendida religion natural, como exclusiva de toda revelacion divina, no ha existido jamas; tercero, que no es posible, segun los principios del deísmo; cuarto, que seria mui perniciosa, puesto que reduce al indiferentismo en materia de religion y conduce necesariamente al ateísmo.

CAPITULO II.

LOS DEÍSTAS NO SE ENTIENDEN ENTRE SI.

Dicen que la religion natural es el culto que la razon, dejada á sí misma y á sus propias luces, nos enseña que debe darse al Ser Supremo, autor y conservador de todas las cosas. Veamos ahora cómo no hai aquí mas que palabras y equivocaciones.

¿Qué entienden por la razon? O la razon en general, ó la razon del individuo; si lo primero, es una quimera, porque ya se sabe que nada existe en general, sino individualmente. Si el entendimiento generaliza sus ideas para facilitar sus adelantos en la investigacion de la verdad, no podria nunca dar cuerpo y realidad á sus abstracciones, suponiendo que cada una de ellas corresponde á la existencia de un objeto exterior distinto de la idea misma, sin trasplantarse él mismo á un mundo imaginario, á un mundo de ilusiones,

á un mundo que no puede existir, porque un objeto existente y general es una contradiccion en los términos. ¿Se trata de la razon individual? En este caso no vemos lo que debe entenderse; porque si se habla de la religion que puede descubrir cada hombre por el buen uso de sus facultades internas, no hai guarismo que baste á comprender la indefinida serie de absurdos que de aquí se seguirian. ¿Cuál seria pues la religion natural de un negro, de un lapon, de un salvaje, de un hombre abandonado desde su nacimiento en la espesura de los bosques?

El primer sofisma de los deístas es considerar la razon humana como ellos la poseen, y tomar sus nociones como único dato para calcular el poder intelectual de la especie humana. ¿Mas la razon de un filósofo, nacido en el seno del cristianismo, de un pueblo civilizado, ilustrada por la revelacion, cultivada por cuarenta años de estudio, y la razon de un ignorante, nacido entre los tártaros, en las regiones australes ó en los bosques de América, tienen la misma sagacidad?

¿Y qué entienden los deístas por la razon abandonada á sí misma y á sus propias luces? Si entienden, como esta palabra misma parece indicarlo, una razon desprovista, no solo de los recursos sobrenaturales, sino extraña igualmente á los conocimientos tradicionales, á la comunicacion de las luces de aquellos con quienes se vive, á la influencia relativa de la educacion y del arte, no hai mas religion natural que la que fuera capaz de concebir uno de esos seres degradados que no tienen de hombres mas que la figura; y como si se exceptúan éstos, el resto del género humano no puede li-sonjearse con una razon abandonada á sí misma, ni ha llegado á acostumbrarse nunca que un pueblo mande sus diputados á los bosques para recibir de los labios de un salvaje los principios de la religion, es claro que la religion natural no existe entre los hombres, y que el cultivo de la razon será siempre un muro impenetrable para llegar al conocimiento de lo que mas nos importa saber. ¿Puede darse un principio mas fecundo en absurdos y contradicciones? Y lo mas notable aquí es, que apenas hai un deísta moderno que no haya pertenecido á la *escuela sensualista*, es decir, que no reconozca la necesidad de la educacion y el estudio, para adquirir ideas de cualquiera clase, y que no se vea en el caso de confesar, en consecuencia de sus principios, que una razon abandonada á sí misma seria siempre una tabla rasa, como decia en otro tiempo Aristóteles.

Pero tal vez se tratará de una razon que haciendo uso de

los conocimientos recibidos, y sujetándoles al criterio, se proponga descubrir cuál debe ser el culto que se tribute á Dios, y qué obligaciones impone á la especie humana la dependencia en que se halla del Criador. ¿Qué diremos sobre esto? Los errores y los vicios que han reinado en todas las naciones desde su mas remoto origen, ya podian habernos enseñado lo que puede el entendimiento humano cuando solo cuenta con sus recursos. Despues de haber examinado todas las religiones conocidas, la creencia y la moral de todos los filósofos antiguos y modernos, léjos de sentirnos inclinados á erigir un trofeo á la gloria de la razon humana, nos vemos en el caso de sostener, que no hai en lo absoluto fundamento que apoye el concepto sublime que los filósofos han formado de su inteligencia. Mas despues de tantas observaciones, de tantos desengaños con que nos brinda la historia de todos los siglos en punto á la religion y á la lei natural, se nos permitirá, por lo ménos, oponer á los deístas, que si la religion natural ha de ser el resultado de los conocimientos, de las observaciones prolijas, de una dialéctica exacta, &c. &c., quedamos siempre en la misma dificultad: porque si la razon desprovista de la educacion &c. solo da religion al salvaje, la razon perfeccionada por la ciencia solo da religion al filósofo; y de todos modos viene á quedarse sin religion la inmensa mayoría de la especie humana.

Pero aun admitido este supuesto, ¿podria sostenerse la existencia de la religion natural? ¿Cuál es pues la religion de los filósofos? No quedamos satisfechos con las ideas vagas é insuficientes de su definicion; se trata de saber en qué consiste esta religion, los dogmas que enseña, la moral que exige, el culto interno ó externo que prescribe. ¿En qué consiste pues la religion natural de los filósofos? En vano les pedimos su profesion de fe, porque no hai dos que nos den una misma respuesta.

Cherbury, patriarca de los deístas ingleses, exige cinco verdades; primera, que hai un Dios Supremo; segunda, que debe ser el principal objeto de nuestro culto; tercera, que este culto consiste, sobre todo, en la piedad y en la virtud; cuarta, que debemos arrepentirnos de nuestros pecados, y que Dios nos perdonará; quinta, que hai recompensas para los justos y castigos para los malos, ya en este mundo, ya en el otro.

Blount, en sus *Oráculos de la razon*, juzga que los dos principios de los maniqueos y la materialidad del alma, son bastante probables, y que el uso de pedir á Dios no es mui necesario.

Shaftsbury es de parecer que el dogma de la vida futura, es mui inútil, y no puede producir sino malos efectos.

Chubb, en sus *Obras póstumas*, no cree que Dios preste la mas ligera atencion al bien y al mal que se comete en el mundo: para él es mui dudoso que el alma sea mortal ó inmortal.

David Humme combate las pruebas de la existencia de Dios, y se atreve á decir que la idolatría tiene consecuencias ménos funestas que el theísmo.

Bolingbroke sostiene que no podemos atribuir á Dios, ni la santidad, ni la bondad, ni la justicia, ni cosa equivalente á ellas. Que el alma muere con el cuerpo, y aunque el dogma de la vida futura sea útil á los hombres, es una ficcion.

Los deístas franceses han llevado mas léjos todavia la inconstancia y la indiferencia respecto del dogma. El autor de las *Cartas sobre la religion esencial al hombre*, la hace consistir en estos tres artículos: Dios, su providencia y la compensacion futura.¹ Otro no quiere sino dos cosas, adorar á Dios y ser hombre de bien;² tan pronto le parece sagrado el dogma de la providencia, cuan presto predica la fatalidad.³ El autor del *Emilio*, despues de haber probado la providencia de Dios, la libertad y la inmortalidad del alma, sostiene que un salvaje puede ignorar toda su vida que hai un Dios, sin que por esto corra peligro su salvacion.⁴

Así es como los deístas andan perpetuamente divididos sobre los principios de su pretendida religion natural. ¿Se hallarán mas conformes en orden á la moral? Algunos habian celebrado las máximas del Pórtico; otros no quieren sino las de Epicuro; confesaban los primeros la excelencia de la moral evangélica; los segundos la tachan de absurda é impracticable, pues no conocen al presente otra moral que la de los brutos: unos predicán el suicidio, otros le combaten; quiénes sostienen, quiénes atacan la indisolubilidad del matrimonio: dulce es la venganza y útil la prostitucion para unos; infame y perjudicial para otros. En fin, como anunciamos al principio, la inmensa galería filosófica parece reproducir el milagroso suceso de la confusion de las lenguas; y es mui digno de notarse que tal es el desacierto de sus principios y consecuencias, que para refutarles á todos, no faltaria material sin salir de sus propios escritos; pues ellos

1 Tom. III, pág. 315.

2 Examen import. Conclus. Dict. philos. Cathéchisme chinois.

3 Dict. phil. Préf. Chaîne des even. Destin.

4 Emil. t. 2. ° pág. 162 y 326.

presentan en el teatro filosófico el espectáculo de los gladiadores en el circo de Roma. Parece que no debe triunfar sino el que mejor sepa destruir.

CAPITULO III.

LA PRETENDIDA RELIGION NATURAL, COMO EXCLUSIVA DE TODA REVELACION, NO HA EXISTIDO JAMAS.

Si la religion natural imaginada por los deistas fuese la única necesaria al hombre, no sabemos cómo haya permitido Dios que corran tres mil años sin que esta religion se manifieste. Si existe tal religion, ó tiene un origen divino, ó un origen humano. En el primer caso debía ser una, clara y universal; y no vemos, fuera de lo que se encuentra en los libros santos, cosa alguna que lo parezca: en el segundo caso será una opinion, un discurso, será lo que se quiera; pero no una religion. No creemos que los deistas avancen tanto, que pretendan revestir de este carácter un discurso meramente humano; pues cuando hablan de religion natural, parece que suponen, no que la razon cria un culto, sino que le reconoce fácilmente. Si pues se trata de una religion propiamente dicha, debe suponerse que es siempre un culto conforme á la voluntad de aquel á quien se tributa, y por consiguiente, una cosa divina. Colíjese de aquí, que saliendo de los libros santos, no encontramos cosa que merezca el nombre de divina; porque tampoco vemos esta unidad, claridad y universalidad, que entre otros caracteres debía tener una religion bajada del cielo.

¿Cuál será pues esta religion natural de que hablan los deistas? Yo abro las páginas de los libros santos, y busco en vano un culto y un derecho inspirados exclusivamente por la razon. Se ha discurredo muy mal cuando se coloca esta religion en el tiempo de los patriarcas. Cierzo es que se coloca en esta época la lei natural, ó religion natural; mas no para honrar á la razon humana con los homenajes de tal descubrimiento, sino para distinguirlas de un culto recibido y conservado por la Escritura. Los patriarcas creian haber recibido su religion de los labios del mismo Dios: la miraban como una revelacion hecha á nuestro primer padre, y no como un resultado de sus racionamientos. Creian la creacion, el pecado original, la redencion futura, la venida de un Mediador y otros dogmas semejanates, tan inaccesibles á la ra-

zon, como extraños y opuestos á los principios del deísmo. ¿Dónde está pues esta religion natural que los deistas predicán! En los delirios de su fantasía, mas nunca en la creencia del género humano.

CAPITULO IV.

LA RELIGION DE LOS DEISTAS NO ES POSIBLE SEGUN LOS MISMOS PRINCIPIOS DEL DEISMO.

La religion natural de los deistas no ha existido pues nunca; ¿pero puede siquiera existir? Para esto seria necesario que no hubiese una contradiccion palpable entre ella y los principios de los deistas.

Los deistas por una parte quieren la religion sin autoridad y sin fe, y por otra, cuando conviene á sus intereses, reúnen todas sus fuerzas para desacreditar la razon. ¿Qué se sigue de aquí! Que la existencia de la religion natural es incompatible con sus principios; porque si ha de ser ella el culto de la razon, este culto seria tan vário, tan inconstante, tan precario como ella misma; pues una causa viciada no puede producir un efecto puro y perfecto. Podria decirse á los deistas: ó tenéis un antídoto para curar los vicios y prevenir los abusos de la razon, ó no le tenéis. Si lo primero, ¿por qué no han bastado, para ponerle en práctica, sesenta siglos de errores y de absurdos, de cultos abominables, de anarquía moral y de máximas contradictorias! Si lo segundo, ¿por qué tanto empeño en reputar á la razon humana como el oráculo exclusivo de la religion verdadera!

Si el carácter de una verdad incontestable no garantiza el culto de la razon, ¿qué motivos habria para preferir éste mejor que otro, cualquiera que fuera su origen! Si la razon es un proteo que toma formas tan diferentes, que produce monstruos de todo género, que reviste el sofisma de bellas apariencias, que llama en su apoyo todos los encantos de la imaginacion y todos los primores del estilo; si de hecho ha inventado ella tantos y tan diferentes cultos, como sistemas y sectas, ¿cuál es pues el culto que hemos de elegir! ¿Cuál será la regla de la especie humana! Para todos hai argumentos y contra todos hai objeciones incontestables, siendo la principal esa falta de unidad, ese antiguo y nuevo sistema de los filósofos, esa boga siempre momentánea que tienen sus opiniones. Llegando á este punto, los deistas eligen por

último un partido desesperado: rompen los diques del discurso, promulgan libertad absoluta para la imaginación, y dejan que cada uno abrace la religión que quiera. Cada uno, dicen, adorará á Dios á su modo y como le parezca; y he aquí aprobado ya, como igualmente admisible, cuanto pueda inventar el raciocinio y revestir la imaginación en el orden religioso: he aquí el anonadamiento de la religión natural por su multiplicidad misma, y el tránsito mas natural á los mayores absurdos y á las mas grandes calamidades.

CAPITULO V.

EFFECTOS PERNICIOSOS DEL DEISMO.

Si el nombre de *religion natural* ha seducido de pronto á los que no comprendían el sentido que le daban los deístas, tiempo es ya de volver de esta ilusión. No es en el fondo sino un sistema de religión muy mal razonado; pues consiste sustancialmente en no ser cristiano, ni saber con firmeza lo que debe creerse ó no creerse. Es una táctica disfrazada, para hacernos pasar del teísmo y espiritualismo, al materialismo y al ateísmo; es decir, del verdadero ser del hombre al caos de la nada. Puede asegurarse que todo el sistema filosófico de los incrédulos modernos podía resolverse en sus objetos elementales y perfectamente enlazados, esto es, en el deísmo y el ateísmo; pues para el caso de marchar al ateísmo, es lo mismo ser ateo de principios ó ateo de consecuencias; porque vale tanto negar absolutamente la existencia de Dios, como su acción en la sociedad y su presencia entre los hombres. Este feliz pensamiento que la filosofía verdadera debe al profundo genio de Bossuet, es de una importancia extraordinaria en el estudio de la religión y de la moral, y no dudamos afirmar que es la clave universal para descubrir todos los errores, absurdos y contradicciones que ha inventado la filosofía incrédula con el fin de desquiciar el edificio incontestable del cristianismo. Creemos, por tanto, hacer un rico presente á nuestros lectores con insertar aquí el siguiente trozo de Bonald; pues en él se propone confirmar este pensamiento de Bossuet, y lo hace de una manera tal, que es imposible resistir á los prodigiosos efectos de una clara y concluyente demostración.

Comienza este escritor manifestando y demostrando, que la doctrina de los ateos es toda negativa, y la doctrina de

los teístas es toda positiva; y como ambas se refieren á un mismo objeto, conviene á saber, á la existencia de Dios, sus atributos y sus relaciones con la naturaleza humana, claro es que una afirma precisamente lo que la otra niega, y por consiguiente, que la verdad debe hallarse en la una ó en la otra, pero no en ninguna cosa diversa; y despues continúa del modo siguiente: "Así pues el teísmo y el ateísmo, *presencia ó ausencia* de la Divinidad, constituyen el fondo de todas las doctrinas irreligiosas ó religiosas, ó si se quiere, morales ó inmorales que han circulado en todas épocas; y es tan imposible á la razón concebir una creencia intermedia, como á la lengua el manifestarla."

"Sin embargo, entre estas dos doctrinas extremas y contradictorias, se desliza una tercera opinión tímida, incierta, variable, que se cree prudente, porque es débil; imparcial, porque es indecisa; moderada, porque es medianera. Esta doctrina es el *deísmo*, que hasta en su denominación lleva un carácter de la inconsecuencia propia de sus opiniones: porque no ha podido ser designada, sino por la palabra de origen latino, *deísmo*, que aunque la misma absolutamente que la palabra griega *theísmo*, expresa, sin embargo, una idea muy diferente. En efecto, el deísmo reconoce un Dios con el teísmo, ó mas bien le nombra; pero su Dios, ser puramente abstracto é ideal, es ciego, sordo, mudo: verdadero ídolo, que tiene ojos para no ver, orejas para no escuchar, manos para no obrar; una inteligencia sin palabra ó sin expresión exterior. Si el deísmo admite á veces un Dios criador, niega al Dios conservador; porque le rehusa toda influencia en los acaecimientos de la sociedad, y no le atribuye ninguna relación real y positiva con el hombre. . . . Si consiente en que el alma es inmortal, esta inmortalidad no envuelve ningún designio, ni tiene objeto alguno: porque esta doctrina neutra y versátil, no reconociendo en el fondo ni bien ni mal absolutos, desecha toda pena infinita, aun cuando admitiese lo indefinido para recompensa. La inconsecuencia de sus opiniones especulativas procede íntegramente á las aplicaciones de la práctica. Querria culto sin sacerdotes, templo sin altares, religión sin sacrificio; querria templanza, pero no mandatos; virtud, pero no perfección; preceptos, pero no consejos. Enseña la fatalidad, y pretende que creamos en los remordimientos. Tan espantado con la severidad del cristianismo como con la licencia del ateísmo, quisiera reforzar éste, y debilitar aquel, sin atinar por esto, en sustancia, con lo que seria conveniente quitar al uno ó añadir al otro. Pasando sin cesar de la licencia á la severidad, y volviendo de

la severidad á la licencia, dispuesto igualmente á exagerar la austeridad cristiana en la disciplina de las costumbres, indignándose aun contra su facilidad en perdonar las faltas que se escapan á la debilidad humana, se abandona por otra parte á toda la licencia del ateísmo en el principio de las leyes. Así es pues, que condena el adulterio y autoriza el divorcio. Mas como se halla situada entre dos doctrinas igualmente fuertes y consecuentes á sus respectivos principios, buscando el reposo sin poder hallarle, vuelve á las partes de donde ha salido, y ya le vemos acercarse al cristianismo cuando un gobierno atento contiene los arranques de sus opiniones, ya á precipitarse en todos los excesos del ateísmo cuando las circunstancias le favorecen en su natural declive: doctrina toda declamaciones cuando quiere edificar; toda sofismas y sarcasmos cuando intenta destruir; siempre situada lo más léjos posible de la gravedad de un raciocinio concatenado; almirada y disimulada cuando se la contiene, altiva y violenta cuando triunfa.

No hai que buscar en el deísmo ni unidad de sistema, ni un cuerpo de doctrina uniforme y comun á todos los deístas. Colocados entre dos opiniones extremas, quieren ocupar un medio imposible de determinarse, y flotan incesantemente de opinion en opinion, aproximándose respectivamente á esta ó á aquella, segun el espíritu y las pasiones de cada particular. “Si pesáis sus razones, dice J. J. Rousseau, “hombre que no supo nunca lo que era, no las tienen sino para destruir; si contáis sus voces, cada uno está reduciendo á la suya, pues no se juntan sino para disputar.” Colocados entre los cristianos que afirman, y los ateos que niegan, vanamente pretenderian pasar por escépticos; tristes recursos que les quita el mismo Rousseau, quien advierte, y con razon, que “el escépticismo aparente de los deístas es mil veces mas afirmativo y dogmático que el tono decidido de sus adversarios.”

“Mas dejando aparte estas variantes innumerables del deísmo, sus contradicciones frecuentes, sus reiteradas inconsecuencias, para no atender sino al principio fundamental en que se apoya esta doctrina, resulta que el deísmo, considerado en general, admite la idea de un Dios, y niega su palabra, su acción, su presencia en la sociedad. . . de suerte, que entre el cristianismo, que es la *presencia* de la Divinidad, y el ateísmo, que es su *ausencia*, el deísmo admite una *presencia* ideal, una *presencia* insensible, una *presencia*, para explicar todo mi pensamiento, que no está *presente*: contradicción en los términos, y por lo mismo, absurdo en la idea; y

he aquí lo que explica el pensamiento de Bossuet, que *el deísmo no es mas que un ateísmo disfrazado.*”

“En el hombre, ser *contingente* y finito, las cualidades ó atributos nada tienen de necesario: no son sino modificaciones, ó modos de ser tan contingentes como él mismo. Así es que el hombre, sin cambiar de naturaleza, puede ser indiferentemente bueno ó malo, estúpido ó penetrante, como puede ser rico ó pobre, blanco ó negro. Mas en Dios, *Ser necesario*, y por consiguiente perfecto, los atributos, que no pueden ser otra cosa que perfecciones, son inseparables del ser, y tan *necesarios* como el ser mismo. Decir pues, que Dios existe, pero que no es todo lo que puede ser; decir que la Omnipotencia no obra; que la Sabiduría infinita no regla; que el órden supremo no dispone; que la Omnisciencia no prevée; que la Inmensidad no está presente en todas partes, es decir que Dios es al mismo tiempo y no es: es negar su ser y afirmarle al mismo tiempo; y si podemos valernos de la siguiente comparacion, es como si dijésemos que existen los cuerpos, pero que no son extensos, ni figurados, ni sólidos.”¹

Se ha visto que los deístas no se entienden entre sí; que su pretendida religion natural es, no solo una quimera, sino una contradicción, pues ni ha existido nunca, ni existe, ni puede existir jamas; que el deísmo, no solo conduce al ateísmo, sino que es en realidad un ateísmo disfrazado; es la práctica científica del ateísmo en sus consecuencias, en sus resultados y en sus aplicaciones; y si entre ambas doctrinas hemos de buscar alguna diferencia, consistirá ésta en que el deísmo es mas pernicioso que el ateísmo; pues mientras los ateístas se quedan aislados por la evidente notoriedad de sus absurdos, los deístas, que recorren mas líneas, pulsan mas resortes, tienden mayor número de redes, y encubren, bajo el colorido mas especioso, la secreta futilidad de sus principios, se hacen de mayor número de prosélitos, y obligan á las inteligencias débiles á cometer todos los crímenes propios del ateísmo, sin rehusar por esto el ascenso á la existencia de un Dios. Si el hombre necesita pues una religion, no es la de los deístas; porque ésta, ni existe, ni puede existir: si fuera de la religion de los deístas, cuyo origen se pone en la razon, no queda otra que la que traiga su principio de la autoridad divina; si una religion que tiene tal origen, viene de

¹ Oeuvres de Bonald, tom. X.—Mélanges littéraires, politiques et philosophiques, t. I. De la philosophie morale et politique du XVIII. siècle.—Edit. de Paris de 1838.

lo exterior á lo interior, es decir, de Dios al hombre, y si una religion que viene de lo exterior á lo interior es una religion revelada, el mismo exámen que hemos hecho de los principios del deísmo, nos conduce á reconocer la necesidad de la revelacion. En efecto, si los estragos del deísmo son la consecuencia de una razon que se desprende de la autoridad divina para establecer y sancionar, sin otro recurso que sus propias luces, el culto debido á la Divinidad, es claro que el medio único de evitar estos estragos y producir los bienes contrarios á ellos es volver á los verdaderos principios, buscar en la palabra revelada la luz indeficiente, la verdad infalible, la autoridad suprema; y en la razon natural las consecuencias fáciles que de la revelacion se deducen, y las aplicaciones legítimas que esta misma revelacion facilita y en lo que tanto se interesan el arreglo del individuo, el bien de la sociedad y la perfeccion de la ciencia.

Tales son las indicaciones generales que nos proponiamos hacer acerca de la posibilidad y necesidad de la revelacion; cuestiones que tanto se han agitado entre los filósofos; que han dado el paso á una multitud de sistemas, de errores y heregías, y que por otra parte han facilitado innumerables triunfos al cristianismo, derramando la luz de la evidencia sobre el origen divino de sus misterios, la pureza de sus dogmas, la perfeccion infinita de sus leyes, la grandeza de su doctrina, la majestad de su culto y la perpetuidad de su imperio. Por supuesto, apenas nos hemos permitido indicaciones ligeras; porque, segun indicamos ya, estas dos verdades fluyen como las primeras consecuencias de un hecho demostrado, cual es la existencia de la revelacion. Si Dios ha revelado una doctrina, esta revelacion es posible por una parte, pues que de hecho se ha verificado; y es necesaria por otra, pues que Dios no hace cosas superfluas. Entremos pues en esta materia, para manifestar, con toda la brevedad que sea compatible con la solidez, que la revelacion existe. Esta, como ya se ha dicho, se halla consignada en los libros del Antigo y Nuevo Testamento. Apliquemos pues todas las reglas de crítica al exámen de estos libros, para reconocer en ellos el concurso de cuatro requisitos que les confirman, esto es, su autenticidad, su verdad, su divinidad y su integridad.

ESTUDIOS FUNDAMENTALES

SOBRE

EL HOMBRE,

CONSIDERADO BAJO EL TRIPLE ASPECTO DE LA RELIGION,
DE LA MORAL Y DE LAS LEYES.

LIBRO SETIMO.

De la existencia de la revelacion, ó sean pruebas filosóficas de la autenticidad, integridad, verdad y divinidad de los libros del Antigo y Nuevo Testamento.